

que los hombres, y cómo es verdad lo que decía David, que es muy preferible caer en manos de Dios que en manos de los hombres.

En efecto, mucho más espero el perdón de Dios por mis pecados, que la indulgencia del hombre por mis faltas.

193. PODER DE LA FE

(L. 17, 5-6)

Uno de estos días dijeron a Jesús los discípulos:

«—Aumentanos la fe».

Y el Salvador les repitió la misma doctrina que en otra ocasión les había dado:

«—Si tuviérais fe como un grano de mostaza, diríais a este moral, desarráigate y plántate en el mar, y os obedecería».

Tan grande es el poder de la fe, que, llegado el caso, con ella pueden hacerse y en efecto se hacen los más estupendos milagros.

194. QUE NO DEBEMOS
ENGREIRNOS POR LAS BUENAS OBRAS

(L. 17, 7-10)

También uno de estos días dió a sus apóstoles una nueva doctrina de humildad.

Movido acaso por la vanagloria que ostentaban claramente los fariseos, como si ellos fuesen santos y observantes, o tal vez por alguna vanidad que sintiesen los apóstoles por haber hecho aquellos días algunas buenas obras, o en fin, con otra ocasión que no sabemos, el Maestro les dijo esta sencilla parábola:

«—¿Quién hay entre vosotros que si tiene un siervo arando o guardando el ganado, cuando vuelva del campo le diga: Vaya, pasa y come? ¿No le dirá más bien: Prepárame la cena, ponte el delantal, y sírveme mientras como y bebo, y después comerás tú y beberás?»

»¿Acaso muestra agradecimiento al siervo porque ha hecho lo que le mandó? No lo creo.

»Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que

os han mandado, decid: Siervos somos sin provecho; hemos hecho lo que debíamos hacer».

Y en los hombres, que mandan con imperio, cierto, podrá haber orgullo y soberbia, porque al cabo siervos somos todos. Pero Dios es el Señor de todos, y nunca podremos engreirnos, pues por mucho que hagamos nunca haremos ni siquiera lo que debemos.

195. VUELVE JESÚS A JUDEA

(J. 11, 1-16)

De esta manera predicando por la región recorrió Jesucristo la Perea, evangelizando al pueblo y deteniéndose sin duda en varios pueblos, aunque no los menciona el Evangelio, y pasando así el espacio de algunas semanas, mientras se aplacaban o distraían los odios de los judíos que le buscaban para la muerte.

Mas acercábase ya el tiempo de ella y la hora de ir a arrostrar el peligro, tal como estaba señalado en la Providencia. La ocasión fué la enfermedad y muerte de uno de los mejores amigos de Jesús, de Lázaro.

Vivía este con dos hermanas suyas, Marta y María, en Betania, a tres cuartos de legua de Jerusalén. Era familia bien acomodada, piadosa, cortés, hospitalaria y muy amiga de Jesús. Cuando el Maestro estaba en Jerusalén visitaba con frecuencia su casa, y Lázaro era tan conocido y amigo no solo al Maestro, sino a todo el Colegio de los Apóstoles, que Jesús le llamaba «nuestro amigo».

De María ya dijimos en otra ocasión cómo disienten los doctores sobre si fué la misma pecadora que ungió los pies de Jesús en casa del fariseo, o fué otra distinta; nuestra opinión se inclinaba más a creer que fué la misma la que entonces se convirtió, la que hospedó al Señor, la que de nuevo le ungió los pies antes de morir, como veremos, y la que le acompañó al Calvario y le vió en la resurrección.

Marta parece que era la hermana mayor y la que dirigía la casa.

Lázaro el único hermano, pues carecían sin duda de padre, era el Señor de casa y el apoyo de las dos huérfanas.

Estaba, pues, el Salvador en Perea cuando enfermó Lá-

zaro. No era muy grande la distancia. Cosa de ocho leguas, y por tanto jornada de un día y medio o dos cuando más. Las que tantas veces habían oído y aun visto milagrosas curaciones hechas por su amado huésped nada pensaron antes que buscar en él remedio para su hermano.

Así, pues, enviáronle un hombre que de su parte le dijese que Lázaro estaba enfermo, bien seguras de que haría por su amigo todo lo que pudiese.

Cuéntalo muy hermosamente el Evangelista San Juan con aquel delicioso estilo lleno de más delicadezas que las que nosotros pudiéramos poner en nuestro relato, y digno es de que escuchemos su narración, con un breve comentario para que alguna cosa que pudiera parecer oscura quede aclarada. Dice así:

«Y había cierto enfermo, Lázaro de Betania, la aldea de María y Marta su hermana».

Llámala así para distinguirla de otras Betanias, y acaso porque toda la aldea era propiedad de la familia.

«Y era María la que había ungido al Señor con unguento y enjugado sus pies con los cabellos de su cabeza, cuyo hermano estaba enfermo».

Dice San Juan que María era la que ungió los pies del Señor; mas esta unción lo mismo puede referirse a la de la pecadora Magdalena, que a la otra que aún no había sucedido cuando murió Lázaro, pero sí había sucedido cuando lo refería San Juan; y por tanto no es bastante causa para asegurar que María de Betania fuese María la pecadora. De todos modos María de Betania era conocida por este distintivo de haber sido *la que ungió los pies del Salvador*.

«Enviáronle, pues, las hermanas un recado diciéndole: Señor, sabe que el que amas está enfermo».

Mensaje delicado, sencillo, lleno de confianza y de íntimo abandono.

«Mas Jesús habiéndolo oído, dijo:—Esta enfermedad no es para muerte, sino por la gloria de Dios, a fin de que por ella sea el Hijo de Dios glorificado».

Bien claro manifestó Jesús sus designios y cómo de una o de otra manera Lázaro no había de quedar muerto, definitivamente al menos, sino que de una o de otra manera

de aquella enfermedad se había de seguir la glorificación de Dios y la prueba de la divinidad del Hijo de Dios.

«Y amaba Jesús a Marta y a su hermana y a Lázaro. Como oyó, pues, que estaba enfermo, detúvose aún en el sitio en que estaba dos días».

Acaso sin esa noticia hubiera seguido más lejos, pero al recibirla se detuvo. No volvió, aunque esto parecía lo más natural, por dar tiempo, según su ciencia divina, a que muriese Lázaro, y aun más a que fuese sepultado y se corrompiese. Porque, en efecto, según la cuenta, Lázaro acababa de morir cuando el mensajero le dió el recado: éste lo ignoraba, pero sabía lo Jesús.

«Después, pasado esto, (es decir, pasados los dos días) dice a sus discípulos:—Vamos de nuevo a Judea».

Espanto causó tal anuncio en los apóstoles por el recuerdo de los peligros y amenazas recientes de los fariseos en Jerusalén, y porque sabían que Jesús era buscado para la muerte.

«Dícnle los discípulos:—Maestro, ahora te buscaban los judíos para apedrearte y ¿vas allá de nuevo?»

»Respondió Jesús:—Por ventura no son doce las horas del día? Cuando uno camina de día no tropieza, porque ve la luz del mundo. Ahora, cuando anda de noche, tropieza porque no hay luz en él».

Es decir: doce horas tiene el día llenas de sol, y en ellas se puede andar sin tropezar, procuraremos andar de día y con cautela y no nos sucederá nada. Sin embargo, los más de los comentadores creen que llama Jesús horas del día á las de su vida, y que aquí asegura que aún no ha llegado la hora de su noche, es decir, de su muerte, y por tanto que pueden estar seguros de que nada malo les sucederá todavía.

«Dijo esto y luego añadió:—Lázaro, nuestro amigo, se ha dormido; pero voy a despertarle».

»Dijéronle entonces los discípulos:—Señor, si se ha dormido sanará».

»Pero Jesús hablaba de su muerte, y ellos creyeron que hablaba del sueño de dormir».

Es muy probable que los apóstoles sospecharon que Jesús trataba del sueño de la muerte, pues estaba bastante

claro el pensamiento de Cristo. Pero como estaban llenos de miedo de ir al peligro, prefirieron entender las palabras de Cristo en su sentido material.

«Entonces, pues, les dijo Jesús claramente:—Lázaro ha muerto; y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis. Pero vamos a él».

Hablaba el Maestro con resolución. Los discípulos vacilaban por miedo. Después de dos días que habían pasado desde el primer pecado, acaso se habían ya figurado que no partirían a Judea. La inesperada y resuelta decisión del Maestro los había desconcertado. Callaban todos; cuando uno de ellos, Tomás, conocido por el nombre de Dídimo o Gemelo, que esto significa Tomás en hebreo y Dídimo en griego, dijo resueltamente a sus condiscípulos:

«—Vamos también nosotros a morir con él».

Sin duda se debía necesitar valor para adoptar esta resolución, y acaso los discípulos, a pesar de la resolución del Maestro mostraron vacilación en acompañarle en su viaje, pues fué menester que Tomás dijese con resolución: Vamos también nosotros con él aunque tengamos que morir.

196. RESURRECCIÓN DE LÁZARO

(J. 11, 17-44)

Pusiéronse, pues, en camino. Iba el Mesías a realizar uno de sus mayores milagros, acaso el más insigne de cuantos realizó en su vida mortal. Y tal vez los milagros de Naím y de Cafarnaúm y otros fueron tan notables en sí como éste; pero de ninguno como de éste nos constan tan manifiestas señales de prodigio, como vamos a ver.

«Cuando llegó, pues, Jesús le halló (a Lázaro) que llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Y estaba Betania cerca de Jerusalén como quince estadios».

El Maestro, como vimos se había detenido después de recibir el recado dos días; con día y medio o dos de camino, son cuatro; por eso dijimos que, según la cuenta, Lázaro debió morir el mismo día que dieron a Jesús el recado.

«Habían venido muchos judíos a Marta y María para consolarlas de su hermano».

Como era familia principal y Lázaro era muy conocido,

acudían muchos a consolar a las hermanas y darles el pésame del fallecimiento de su hermano. Debieron avisar a Marta, que era la hermana mayor, que Jesús venía.

«Marta, pues, en cuanto supo que llegaba Jesús, le salió al encuentro, mientras María estaba sentada en casa».

Sentido había de ser el encuentro de Marta con Jesús.

«Dijo, pues, a Jesús Marta:—Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto. Pero aún ahora sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo dará».

Fe tenía Marta, pero no toda la que debía tener, pues cree que Jesús necesita acudir a Dios para devolver la vida, siendo así que él mismo tenía en sí, como Dios que era, la fuente de la resurrección y de la vida.

«Dícele Jesús:—Resucitaré tu hermano».

Dulce palabra y la más propia para saludar a Marta en el camino. No debió fijarse bien Marta, por ser cosa del todo inusitada la resurrección, en lo que decía el Maestro, o acaso, si se fijó no lo creyó del todo, o tal vez sin creer ni dejar de creer, temiendo que Jesús dijese aquello en otro sentido, deseaba alcanzar una contestación más categórica.

«Dijo Marta:—Ya sé que resucitaré en la resurrección en el último día».

«Díjole Jesús:—Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vive; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?»

Vió Jesús que la fe de Marta era indecisa, vacilante, desconfiada, y creyó deber corregirla y purificarla, como lo solía procurar cuando iba a hacer un milagro, y por eso le dijo con especial urgencia: ¿crees esto? ¿crees que sin necesidad de acudir a Dios, yo, por ser Dios, tengo en mí la fuente de vida, y que todo, lo que vive, vive por mí, y que aun los muertos viven en mí, si en mí creyeron, y que lo que vive en mí no muere nunca, sino que tiene en sí la vida; y en fin, que yo por ser resurrección y vida puedo resucitar y dar o devolver vida a todos? ¿crees esto?

Hermosa fué la respuesta de Marta.

«Dícele:—Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo».

La respuesta es muy propia y maravillosamente digna

de las circunstancias. Marta, sea por la turbación y pena, sea por la presencia de su amado amigo, sea por la grandeza de las cosas que se le dicen, entiende y no entiende las preciosas doctrinas del Maestro, y sin meterse en pormenores le dice con una fe sencilla y grande: Sí, Señor, yo he creído, creo ahora y he creído siempre, que tú eres el Mesías, y el Hijo de Dios, y el prometido y esperado del mundo, y por tanto creo todo lo que dices.

Todo esto pasaba en el punto del camino en que se encontraron antes de llegar a Betania, más cerca del sepulcro de Lázaro que de su casa. No quiso el Señor ir a la casa de sus amigos antes de visitar el sepulcro, y debió decir a Marta que llamase a María, que como vimos arriba, estaba sentada en casa, así que apenas hizo su profesión de fe, partió de allí.

«Dicho esto, fuese y secretamente llamó a su hermana María, diciendo: El Maestro está aquí y te llama.

»Ella en cuanto oyó esto, levántase al punto y viene a él. Porque no había llegado Jesús a la aldea, sino que estaba aún en el sitio en que le halló Marta.

»Los judíos que estaban con ella en la casa y la consolaban viendo a María que se levantó a prisa y salió, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro, a llorar allí».

»Cuando María llegó adonde estaba Jesús, al verle se postró a sus pies, diciéndole:—Señor, si aquí hubieras estado, mi hermano no hubiera muerto.

»Jesús, pues, cuando la vió llorando, y a los judíos que con ella habían venido llorando también, exhaló un gemido (bramó un gemido, sería la traducción literal) y se turbó. Y dijo: ¿dónde le habéis puesto?

»Dícenle: Señor, ven y ve.

»Y lloró Jesús. Y decían los judíos: ¡Mirad cómo le amaba! Mas algunos de ellos dijeron: ¿No podía este que abrió los ojos del ciego haber hecho que éste no muriese?

»Jesús entonces exhalando otro nuevo gemido en sí mismo, va al sepulcro; era una cueva sobre la cual había una piedra.

»Dice Jesús: quitad la piedra.

»Dícele Marta la hermana del difunto: Señor, ya huele, que es de cuatro días.

»Dícele Jesús: No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?»

»Quitaron, pues, la piedra. Y Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: Padre, gracias te doy porque me has escuchado. Yo ya sabía que siempre me escuchas; pero lo he dicho por la gente que está en derredor, para que crean que tú me has enviado.

»Y habiendo dicho esto clamó con gran voz: Lázaro! sal fuera!

»Y salió el que había estado muerto, ligados los pies y las manos con vendas, y su rostro estaba envuelto en un sudario.

»Dícele Jesús: Desligadle y dejadle andar».

A un muerto de cuatro días hacía, que sepultado en una cueva, a pesar de su embalsamamiento, estaba ya tan corrompido que hedía a los que se acercaban, de lejos, en presencia de muchísimos testigos, sin acercarse al sepulcro, sin tocar ni siquiera la piedra, con solo el imperio de su voz poderosa, le llama y le da vida y le hace salir del sepulcro el Nazareno!

Sin duda ninguna que ese es lo que él dice que es, y lo que quiere probar con este su milagro, el más estupendo después del milagro de su propia resurrección. Sin duda ninguna que es hora de decir como Marta: Sí, Señor, yo he creído que tú eres Mesías, y que tú eres Hijo de Dios, y que tú eres el anunciado en los profetas que había de venir al mundo.

Lázaro salió atado con aquellas innumerables tiras y vendas con que los judíos, especialmente los ricos, embalsamaban a sus muertos atándoles dedo por dedo, manos y pies y todo el cuerpo.

Jesús ni entonces quiso tocarle. Todo dejó que lo hiciesen otros, y así como no removió él la piedra ni se acercó al sepulcro, así tampoco ahora quiso tocar al que estaba vivo, pero embalsamado y atado, para que se viese más patente el milagro.

Ni solo aparece en este milagro verdadero Dios, sino también hombre perfecto, *perfectus Deus, perfectus homo*, que dice el Símbolo Atanasiano. En pocas historias de la vida de Nuestro Señor se ve tanto la amabilidad de su co-

razón como en esta. El sincero amigo, el agradecido huésped, el compasivo consolador, el sencillo bienhechor, el delicado compañero... ¡Oh! cuántas cosas y cuán dulces se ven en esta historia! y cómo, cuanto uno más la medita, halla más tesoros de la divina y humana virtud de Nuestro amado Señor Jesucristo!

¡Oh dichosos una y mil veces los que como Lázaro, Marta y María le tienen y le tratan como amigo! Dichosos los que oyen y entienden aquella palabra: *Omnis qui vivit et credit in me non morietur in aeternum*: «Todo el que viva y crea en mí no morirá jamás». *Etiamsi mortuus fuerit vivet*. «Aun cuando muera... vivirá!...»

197. JESÚS CONDENADO A MUERTE

(J. II, 45-53)

Tremenda fué la admiración que el milagro de Lázaro suscitó en toda Judea. Era tan conocido el resucitado, había sido tan clara su muerte, tan vista su resurrección, tan estupendo el prodigio, que era imposible hablar de otra cosa aquellos días que del milagro que el Profeta Nazareno acababa de realizar. Desde aquel día debieron ser muchos los que iban y venían de Betania a Jerusalén, y trataban del asunto.

Y parece que a tan manifiesta prueba de su omnipotencia deberían haberse abierto los ojos de los más rebeldes. Mas no fué así. En esta como en otras mil ocasiones se reveló el hombre tal cual es, soberbio, obstinado, ciego por la pasión, una vez que de ella se ha dejado dominar. Dice así San Juan:

«Muchos de los Judíos, que habían venido a María y Marta y visto lo que Jesús había hecho, creyeron en él. Pero algunos de ellos se fueron a los fariseos y les contaron lo que Jesús hizo».

Si hubieran tenido un poco siquiera de buena fe, al oír tal prodigio y enterarse de su verdad, hubieran bajado la frente, y hubieran dicho humilde y noblemente: Nos habíamos engañado! es preciso ceder a la luz de la verdad. Verdaderamente éste es lo que él dice que es, el Mesías, el profeta, el Hijo de Dios.

Mas no fué así, sino todo lo contrario. Aquella noticia los desconcertó por completo. El acento de los que la referían, la convicción de los que se habían convertido, la estupefacción de todo el pueblo, el continuo ir y venir de la gente a Betania a ver al resucitado, les hizo entender que todos sus planes de excomulgar a quien se hiciese discípulo del Galileo, se desgarraban como telas de araña en un terremoto. Vieron que todo el pueblo se les iba tras de Jesús y se echaba sobre ellos. Precipitadamente se reunieron los pontífices y los fariseos, y reunieron consejo.

Era este Consejo el famoso Sanedrín, del cual para que todo mejor se entienda vamos a decir algunas palabras. *Sanedrín* es palabra deducida de *synhedrio*, y significa lo mismo que reunión sentada, es decir, consejo, congreso. Según parece comenzó esta institución después del destierro de Babilonia, en tiempo de la dominación persa. Viéndose los judíos regidos por un poder extranjero, formaron entre sí una especie de directorio extraoficial, para su gobierno, el cual, sin atender a la autoridad soberana de sus señores, influía muchísimo en el pueblo, principalmente en materias religiosas. Era natural que a este directorio perteneciesen sobre todo los nobles y ancianos, y así el Sanedrín era una especie de senado aristocrático. Senado le llama Josefo, y en los libros de los Macabeos se le nombra con las denominaciones de «senado, los ancianos, los ancianos del pueblo, los ancianos de Israel, el senado de la nación, los príncipes de la nación y los ancianos del país».

Este Senado, en medio de varias vicisitudes, fué robusteciendo cada día más su autoridad, y en tiempo de Hircano, etnarca de Judea, 47 años antes de Jesucristo, aparece ya el consejo de Jerusalén con su nombre definitivo de Sanedrín, y ejerce su autoridad sobre todo el país, y viene a ser de hecho el tribunal supremo. Herodes el Grande, aunque dió muerte a cuarenta y cinco sinedritas que eran partidarios de Antígoño, pero dejó subsistir y aun robusteció la autoridad del Senado, pero llenándolo de criaturas suyas. En fin, en tiempo de Arquelaos quedó circunscrita la autoridad del Sanedrín a las provincias de Samaria y de Judea.

Bajo el régimen de los procuradores, y por tanto en tiem-

po de Jesucristo, el sanedrín tuvo una influencia muy grande. Constaba de setenta y un miembros: setenta, número venerando entre los judíos, y el presidente, que lo era el Sumo Sacerdote.

Tres clases entraban en él principalmente, según puede deducirse de Josefo y del Evangelio, los sacerdotes, los escribas y los ancianos. A la primera de los sacerdotes, o príncipes de los sacerdotes pertenecían los que ejercían actualmente el sacerdocio, los que lo habían ejercido, y los príncipes de las grandes familias sacerdotales. Estos eran en su mayor parte saduceos. Los escribas y ancianos en cambio eran en su mayoría fariseos. Ambos partidos se odiaban mutuamente. Los fariseos ejercían más influencia en el pueblo.

Este senado, si bien tenía mucha autoridad para con todas las comunidades judías, estuviesen donde estuviesen, pero en tiempo de Jesucristo no la ejercía directamente sino solo en Judea. Su competencia era para las cosas religiosas y otras que afectaban al judaísmo y no impedían el dominio político de Roma, que les permitía esta sombra de poder, sin perjuicio de intervenir cuando lo creyese conveniente. Conocía en causas civiles, y hasta en causas criminales hasta cierto punto. Tenía su policía, sus agentes, sus ministros. Podía meter presos, imponer penas, excepto la pena de muerte que estaba reservada al procurador, sea que este fallase según derecho romano, sea que se acomodase al derecho judío, como lo hizo Pilatos al condenar al Salvador.

No conocemos los nombres de todos los Senadores o Sinedritas que pertenecían al Sanedrín, cuando Jesús fué juzgado, pero sí los de unos cuarenta de ellos que pondremos aquí para su memoria.

De la clase sacerdotal.—Caifás, Anás, Eleazar, Jonatás, Teófilo, Matías, Ananías, Joazar, Eleazar, Simón Cantero, Josué, Ismael, Simón, Juan, Alejandro, Ananías, Elcías, Sceva.

De la clase de Escribas.—Gamaliel, Simeón, Onkelos, Jonatás, Samuel, Cananías, Ismael, Zadoç, Jocanam, Abba Saul, Cananías, Eleazar, Nacum Halbalar, Simeón Hamispa.

De la clase de ancianos.—Jose de Arimatea, Nicodemus, Ben Calba Scheboua, Ben Tsitsit Haccassat, Simón, Doras, Juan, Doroteo, Trifón y Cornelio. De éstos, Nicodemus y los dos que le siguen tenían fama de ser los más ricos de Jerusalén.

Fuera de José, Nicodemus y acaso de Gamaliel, bien puede creerse que todos los demás eran o soberbios escépticos, llenos de avaricia y concupiscencias, o fanáticos de superstición, y enfatuados de su sabiduría. El escepticismo, la avaricia y la molicie eran más propios de los saduceos, la fatuidad y superstición predominaban en los escribas y fariseos.

Era Caifás Pontífice o Sumo Sacerdote aquel año. Y aunque dice San Juan que aquel año lo era, éralo desde el año 18 de nuestra era. Y no deja de causar admiración el que en aquellos tiempos hubiese perseverado tanto tiempo en el Sumo Pontificado, cuando los gobernadores romanos ponían y quitaban a su capricho los Sumos Pontífices, hasta el punto de no durar muchos más que un año en un cargo que de suyo era vitalicio. Sin embargo, Anás y su yerno Caifás tuvieron la habilidad de captarse la voluntad de los gobernadores, de manera que Anás fué Sumo Pontífice desde el año 6 al 16 de Jesucristo, y su yerno desde el 18 al 36, pudiéndose decir que en todo este tiempo estuvo el Sumo Pontificado en manos de Anás sea que gobernase por sí mismo, sea que gobernase por medio de su altivo, pero para él complaciente yerno.

Caifás pudo sostenerse en este puesto a fuerza de servilismo para con los romanos. Jamás se le vió salir en defensa de los derechos de los judíos, cuando los procuradores romanos atentaban contra ellos. Al contrario contra Juan y contra Jesucristo salieron del Sanedrín en su tiempo espías continuos, y perseguidores insidiosos, que llevaban a no dudarle instrucciones y apremios conformes a su carácter violento. Si Caifás, según dicen muchos, significa lo mismo que Cefas, es decir *piedra*, no se parece a Pedro en ser fundamento de la Iglesia, pero sí a la piedra en su rudeza y en la violencia con que trató a Jesús.

Reunióse, pues, precipitadamente el sanedrín, sin duda por mandato de Anás y de Caifás, sea en su sitio ordina-

rio, en el templo, sea, como algunos quieren por tradición, en una casa de Caifás, en la montaña que por esto se llamó Montaña del Mal Consejo. Allí expuesto el caso, se propuso el punto de las deliberaciones que fué este. Decían:

«—Qué hacemos? porque este hombre hace muchos prodigios. Si le dejamos así, todos acabarán por creer en él, y vendrán los romanos y nos destruirán el país y la nación».

No estaba mal urdida la trama. Lo que a ellos más les ofendía era el que su enemigo prevaleciese y que su crédito se arruinase y que el pueblo se fuese en pos del Nazareno. Pero esto no podía decirse. Y por eso pretextaron otra causa. Y decían: tenemos el caso de un nuevo impostor que se presenta como Mesías y va a revolucionar al pueblo, y van a irritarse los romanos, y con pretexto de nuestra rebelión a acabar de destruir nuestra independencia y de borrar nuestra nación. Hay que tomar algún remedio y cortar los pasos a este hombre. ¿Cómo?

Y parece que debieron darse muchos pareceres y aun excitarse los ánimos, como era natural. No todos eran faltos de rectitud y de conciencia. Allí se hallaban José y Nicodemos, de quienes sabemos que no asintieron a la iniquidad de los enemigos de Jesús. Allí estaba Gamaliel, varón de juicio recto y considerado. Allí estarían acaso otros más o menos tímidos, pero no desprovistos de rectitud y temor de Dios. Además preciso era que aun entre los que deseaban atajar los pasos de Jesús, unos fuesen más radicales y propusiesen el último remedio de procesarle y condenarle a muerte, y otros optasen por medios más suaves y humanos. En fin, todos temerían, como se vió después, al pueblo, y verían que en la ejecución de sus planes tropezarían con muchos obstáculos, por ser Jesús al fin y al cabo hombre popular, prodigioso, valiente, querido.

No nos da cuenta de estas vacilaciones San Juan; pero se traslucen bien claras en el modo con que nos refiere el fin de aquella reunión. Dice así:

«Uno, pues, de entre ellos, Caifás, que era Sumo Sacerdote aquel año, les dijo:

«—Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta de que os conviene que un hombre solo muera por el pueblo y que no perezca toda la nación».

Bastante indica esta brusca e intemperante salida, no solo el carácter violento del Presidente, sino también la borrasca de disputas que debió preceder por la diferencia de pareceres. «¡Vosotros no sabéis nada!» ¿A quiénes se dirigía? ¿quiénes eran esos vosotros? Acaso los que como José y Nicodemos, si es que alguno otro pensaba como ellos, no consentían en la injusticia, y los pocos o muchos que optaban por medios de represión más suaves que la muerte.

Pero el furioso presidente, que no se contentaba sino con la muerte de Nazareno, y su calculador suegro el taimado viejo Anás, que le inspiraba y empujaba, irritábanse de encontrar oposición. Por fin, sin poderse contener, alzóse Caifás de repente resuelto a imponer por arrebato la resolución que con serenidad nunca hubiera acaso prevalecido.

¡Cosas de Dios! Mala era la intención del Presidente, y perversa su sentencia. Y sin embargo, sus palabras contenían una profecía. El Espíritu Santo se las sugirió, con tal arte, que sin violentar la libertad y mal proceder del indigno Sacerdote, dijo en otro sentido que el que Caifás tenía, una verdad de las más importantes y trascendentales de la fe.

Caifás quería decir que para que la nación judía no fuese destruída por los romanos, era preciso que muriese Jesús. Nazareno, que presentándose como Mesías iba, según él, a sublevar a todo el pueblo y atraer sobre la nación las iras de los celosos dominadores, quienes con esta ocasión acabarían con la independencia judía.

El Espíritu Santo con las mismas palabras decía esta hermosa verdad, mucho más sublime: Es preciso que muera un hombre, el Hombre-Dios, por el pueblo, es decir, por todo el mundo, para que no perezca la nación, para que ese mundo no sea condenado. Es preciso que el Cordero de Dios sea sacrificado, para que con su sacrificio quite los pecados del mundo.

Y por eso dice San Juan:

«Esto no lo dijo Caifás de suyo, sino que siendo Sumo Sacerdote de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no por la nación solamente, sino además para que a los hijos de Dios esparcidos los juntase en uno».

Es decir, para que fundase una sociedad con todos ellos,

que es la Santa Iglesia que adquirió, como dice San Pablo, con su sangre.

Con esta violenta conclusión quedó cerrada la sesión. Votóse contra el Salvador sentencia de muerte.

«Desde aquel día, pues, dice San Juan, resolvieron quitarle la vida».

198. RETIRADA DE JESÚS A EFRÁIM

(J. II, 54)

El Sanedrín había decretado la muerte del Nazareno. ¿Qué hacemos? se dijeron al oír la resurrección de Lázaro, ¿qué hacemos? porque este hombre hace muchos milagros!

La respuesta era obvia, dice San Agustín. «¿Que habéis de hacer? creer en él».

Pero esto no cabía en la perversa soberbia de los judíos. Y sacaron una consecuencia la más inconsecuente con la razón, pero la más consecuente con su soberbia. Deshacerse de Jesús, quitarse el estorbo de delante.

Mas en la Providencia divina no era aún la hora, y Jesús para hacer tiempo y dejar que llegase la que él quería evitó el peligro, como lo solía hacer de ordinario, por los medios naturales, y se alejó de Jerusalén, saliendo de la jurisdicción del Sanedrín. Su primera jornada fué a Efraím según nos refiere San Juan en estos términos:

«Jesús, pues, no andaba ya entre los judíos al descubierto, sino que se fué de allí a la región cercana al desierto, a una ciudad llamada Efraím, y allí moraba con sus discípulos».

Situada esta población cerca del desierto, probablemente en la frontera de Samaría dábale bastante seguridad para evitar cualquier agresión.

199. EXCURSIÓN ENTRE GALILEA Y SAMARÍA

(L. 17, 11)

Sin embargo, no parece que estuvo quieto en Efraím todo el tiempo. Y aunque es punto algo oscuro en la serie histórica de los sucesos evangélicos, nos inclinamos a creer que fué por este tiempo cuando antes de volver definitiva-

mente a Jerusalén, hizo el Salvador aquella excursión por entre Galilea y Samaría que nos describe San Lucas.

Subió, según esto, desde Efraím, y sin penetrar ni detenerse ni en Samaría ni en Galilea, llegó hasta la llanura de Jesrael en Galilea, y deslizándose por entre los confines de ambas provincias, vino a dar en el valle del Jordán, donde tomó más tarde el camino que seguían las caravanas galileas cuando marchaban a Jerusalén.

200. CURACIÓN DE DIEZ LEPROSOS

(L. 17, 12-19)

«En este camino, al entrar en un pueblo, salieronle diez leprosos, los cuales se pararon de lejos, y levantando la voz le dijeron: ¡Maestro Jesús! ten compasión de nosotros!»

Condenados los leprosos, por causa de su enfermedad, a vivir separados del trato humano, érales forzoso, si habían de tener compañía, juntarse unos con otros. Por lo cual no pocas veces convivían como en sociedad en algún sitio apartado del campo. Tal debía suceder con éstos, los cuales, al oír que venía la gente y con ellos el Salvador, juzgaron buena la ocasión de implorar su favor y reclamar su omnipotencia. Y parándose, como lo suelen hacer los leprosos, un poco lejos, alzaron hacia él sus voces.

«Cuando los vió, les dijo:

»—Id y presentaos a los sacerdotes.

»Y ocurrió que mientras iban quedaron limpios.

»Entonces uno de ellos, viendo que había quedado limpio, volvió glorificando a grandes voces a Dios. Y derribóse a sus pies con la frente hasta el suelo, dándole gracias. Precisamente este era Samaritano.

»Y Jesús hablando, dijo:—No han sido limpiados los diez? pues dónde están los nueve? No ha habido quien vuelva a dar gracias a Dios sino este extranjero?

»Y le dijo a él:—Levántate y vete; tu fe te ha salvado».

Terrible es la ingratitud humana, y más cuando viene de los que tenían más obligación de ser agradecidos. Diez eran los leprosos, los diez fueron curados, de los diez no vino a dar gracias sino uno, y precisamente el único que

no era judío, el que al contrario era por raza enemigo de los judíos!

201. DE LA PRIMERA Y SEGUNDA VENIDA
DEL REINO DE DIOS

(L. 17, 20-37)

Terminado este episodio, o tal vez en otra ocasión de este viaje, se le acercaron unos fariseos.

No eran los fariseos de Galilea tan acérrimos adversarios de Cristo como los de Judea. Todos ellos, sin embargo, o los más estaban picados de las mismas prevenciones y envidias que ellos, y no poco debían haberse contagiado del trato que con sus compañeros tenían, principalmente cuando los de Jerusalén enviaban a provincias sus espías y delatores. Tampoco todas las preguntas que los fariseos de Galilea proponían entrañaban tanta malicia como las cuestiones que proponían en Jerusalén. Sea, pues, con malicia, sea sin ella, se le acercaron esta vez unos fariseos, que con ocasión sin duda de haberle oído predicar muchas veces del Reino de Dios, le preguntaron:

«—Y cuándo viene el Reino de Dios?

»Respondióles diciendo:—El reino de Dios no viene con aparato. Ni podrán decir: Míralo aquí o míralo allá. Porque, mirad, el reino de Dios está en medio de vosotros».

¿Entendieron los fariseos lo que quería decirles con este lenguaje misterioso? Ya está el reino de Dios entre vosotros, porque ya yo he comenzado a formar mi Iglesia y a dar mi gracia y a reinar en las almas. Así como el Bautista decía: en medio de vosotros ha estado aquel a quien vosotros no habéis conocido; y como el mismo Jesús les había argüido otra vez diciendo: Si yo echo los demonios por obra de Dios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios, así ahora también les dice: el reino de Dios que buscáis, miradlo, aquí está en medio de vosotros; yo soy el rey, mis discípulos y los príncipes de mi reino están aquí, son mis apóstoles, y mis vasallos todos los que reciben mi doctrina.

Saltando enseguida de la primera venida a la última que había de hacer más tarde en el día del juicio, y aun a la

segunda y más próxima en que había de venir a castigar a Jerusalén por sus pecados, volvióse a sus discípulos y explicóles una serie de sentencias, en las que se ve aquella mezcla de ideas que siempre se encuentra cuando Jesús habla del último día del juicio, entretejiendo, como luego mejor lo veremos y explicaremos, cosas del último día final de los mundos, con cosas del último día de Jerusalén.

Dijo, pues, volviéndose a los discípulos:

«—Vendrán días en que deseéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre, y no le veréis».

Estaréis tan apurados y afligidos, que anhelaréis que el Señor esté con vosotros y venga a libraros de las tribulaciones; pero no sucederá así. Yo os dejaré sufrir sin aparecer por ninguna parte.

»Y os dirán: miradle aquí! miradle allí! Pero no vayáis ni le sigáis».

Aun cuando os digan que vayáis a otros falsos Cristos y sofistas, no os vayáis de mi doctrina, ni sigáis la ajena de ellos.

»Porque como el relámpago brilla relampagueando desde un extremo del horizonte hasta el otro extremo del horizonte, así lo hará también el Hijo del hombre en su día».

No dice cuál será este su día, pero en él brillará como el relámpago en un momento.

»Mas antes, añade, es preciso que él padezca muchas cosas, y sea reprobado por esta generación. Y como pasó en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, casaban y se casaban hasta el día en que entró Noé en el arca; y vino el diluvio y los hundió a todos. Y como pasó en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; pero el día que Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y acabó con todos. Lo mismo será en el día en que el Hijo del hombre se descubra».

Y queriendo advertirnos que pensando en aquel día no tengamos afición a las cosas terrenas, que todas quedarán acá destruídas, y de nada pueden servirnos, prosigue diciendo:

«En aquel día el que esté en el terrado y tenga sus cosas en casa, no baje a tomarlas. Y lo mismo el que esté en

el campo no se vuelva a lo de atrás. Acordaos de la mujer de Lot. El que quiera salvar su ánima la perderá, y el que la pierda la vivificará».

Es decir, el que quiera dar a su alma la vida, comodidades y bienestar de este mundo, ese la perderá para el otro; y el que crucifique su espíritu y lo prive de los bienes de este mundo por Dios, ese alcanzará la verdadera vida.

¿Quién será este que alcance la vida y quién el que la pierda? ¿Quién lo sabe? todos debemos temer y estar preparados, porque solo se atenderá a la buena o mala conducta, y no a las condiciones humanas. Porque dice:

«Dígoos: En aquella noche estarán dos en un mismo lecho; el uno será tomado y el otro dejado. Estarán dos juntas moliendo, la una será tomada y la otra dejada. Estarán dos en el campo, el uno será tomado, el otro será dejado».

Vínoles a los discípulos curiosidad de saber dónde sucedería esto y le dijeron:

«—Dónde? Señor.

»Y él respondió diciendo: Donde esté el cuerpo allí se juntarán también las águilas».

Como quien dice, en todas partes, donde quiera que haya hombres buenos o malos, allí será el juicio, sin necesidad de más.

Vivamos preparados. Ni ahora, ni después, como veremos, quiere decir cuándo determinadamente será el juicio, para que estemos siempre preparados y siempre dispuestos a él. Tanto más cuanto que para cada uno ya este juicio es el día de su muerte, que también vendrá como un relámpago cuando menos pensemos.

202. PARÁBOLA DEL JUEZ INICUO

(L. 18, 1-8)

Sea con esta ocasión, sea con otra, les propuso en este camino una parábola para probarles la necesidad de vivir en continua oración, no, claro está, incesante a la letra, porque tal cosa es imposible, pero sí, como solemos decir de otras cosas, que conviene estar siempre, por ejemplo, confrontando las cuentas, vigilando a los dependientes, y así de otras cosas de la vida. Y dice San Lucas:

«Decíales asimismo una parábola sobre que es menester orar en todo tiempo y no descansar, diciendo: Erase en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a hombres. Y había en aquella ciudad una viuda y venía a él diciendo: Hazme justicia de mi adversario.

»Y él no quería durante algún tiempo. Pero al cabo de esto se dijo a sí mismo: Aunque yo no temo a Dios ni respeto a hombres, sin embargo ya que tanto me está molestando esta viuda voy a hacerle justicia, no sea que el mejor día venga y me arañe.

»Y dijo el Señor: Ya habéis oído lo que dice el juez inicuo. Pues Dios ¿no ejercerá la venganza de sus escogidos que claman a él día y noche? y va a tener paciencia en lo de ellos? Os aseguro que los vengará muy pronto».

Entonces como pensando en el estado en que encontrará al mundo cuando venga a juzgarle, puso esta misteriosa consideración capaz de hacernos temblar a todos los hombres, sobre todo al ver la frialdad con que vivimos.

«Aunque el Hijo del hombre, cuando venga ¿acaso encontrará la fe en la tierra?»...

203. PARÁBOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO

(L. 18, 9-14)

No sé si estaban por allá algunos fariseos. Parece que sí, y que debían dar muestras de desdén y arrogancia, y manifestar desprecio para con el vulgo que oía sencillo la doctrina del Maestro. Volvióse el Señor a ellos y

«Dijo a algunos que muy pagados de sí como si fuesen justos, despreciaban a los demás, esta parábola:

«Subieron al templo dos hombres a orar: el uno fariseo y el otro publicano.

»El fariseo de pie oraba para sí de esta manera: Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, inicuos, adúlteros, o también como este publicano. Ayuno dos veces en la semana, doy diezmos de todo cuanto poseo.

»En cambio el publicano, puesto de pie lejos, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que golpeaba su pecho, diciendo: Oh Dios, compadécete de mí, el pecador.